



Academia de Buenas  Letras de Granada

# DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

ILMO. SR. D. ANTONIO CHICHARRO CHAMORRO

EN LA CLAUSURA

DEL CURSO ACADÉMICO 2010-2011

ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO

DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

EL DÍA 16 DE MAYO DE 2011

GRANADA

MMXI





*Edita:* © Academia de Buenas Letras de Granada  
c/ Almona del Campillo, 2 - 3º  
18009 Granada  
[www.academiadebuenasletrasdegranada.org](http://www.academiadebuenasletrasdegranada.org)  
*Imprime:* La Gráfica S.C.And. - Granada  
*Depósito Legal:* Gr-2072/2011





# DISCURSO

DEL

ILMO. SR. D. ANTONIO CHICHARRO CHAMORRO







Gabriel Celaya frente a la idea  
de Europa y ante las letras  
de Granada







Excmo. Sr. Presidente  
Excmos. e Ilmos. Sras. y Sres. Académicos  
Señoras y señores

## Justificación

EN el presente año 2011 celebramos el centenario del nacimiento del poeta vasco Gabriel Celaya (Hernani, 1911 - Madrid, 2011), un poeta que, dadas sus vinculaciones con Granada y las letras granadinas, además de por otras razones que voy a esgrimir a continuación, merece ser recordado, leído, estudiado y, en definitiva, homenajeado. Por esta razón, agradezco a la Academia de Buenas Letras de Granada y, en particular, a su Presidente la decisión de dedicarle a nuestro poeta esta sesión pública, además del encargo de mi intervención que tomo con tanta satisfacción como responsabilidad.

Dicho esto, dedicaré el resto de mis palabras a la exposición, en primer lugar, de unas consideraciones sobre la figura de Gabriel Celaya y la ocasión de la celebración del centenario; en segundo término, me ocuparé con brevedad de exponer en qué consiste en definitiva la vinculación del poeta con Granada y ciertos autores granadinos; y, por último, dedicaré el resto de mi atención a un aspecto de su pensamiento que no ha sido atendido y que estimo de gran interés por razones que, como europeos meridionales, no necesito hacer explícitas ante este auditorio. Me refiero a su idea de Europa, una idea que he podido reconstruir a partir de la lec-





tura de cuatro artículos periodísticos suyos publicados en *La Voz de España* de San Sebastián a lo largo de 1948, un año por cierto —y he aquí, por contraste, un primer signo del interés de estos breves textos periodísticos, de impuesto ensimismamiento político y autárquico y de sueños místico-imperiales propiciados por el régimen resultante de la guerra civil. Se trata de los titulados “Así es Europa” (26 de junio de 1948), “La pequeñez de Europa” (12 de agosto de 1948), “Un fantasma recorre Europa” (20 de octubre de 1948) y “El peligro de la técnica” (11 de noviembre de 1948), unos artículos que sirven además para explicar la clara conciencia que nuestro poeta y ensayista posee de la compleja unidad cultural de Europa, de sus orígenes y de la profunda raíz de su humanismo, lo que puede acabar remitiéndonos, en suma, a la ideología y estética humanistas que latan en el origen de su discurso poético y, a la postre, de su propia y sostenida posición política.

### **El centenario del nacimiento de Gabriel Celaya**

Decía que había otras razones más allá de las que nos afectan como lectores granadinos para esta celebración académica. Éstas tienen que ver sobre todo con el reconocimiento de un escritor cordial y solidario y de una obra constituida por un centenar de libros, entre los que hay muestras de todos los géneros literarios, si bien sobresalen los de poesía y ensayo. Se trata, pues, de reconocer una obra poética que tuvo sus comienzos en 1935 y duró en la práctica hasta la muerte del poeta acaecida en 1991, una obra que cristaliza de manera muy genuina los más diversos modos poéticos del fecundo y complejo siglo XX, aunque Gabriel Celaya persi-







guiera siempre con los mismos alcanzar un estado de conciencia que le permitiera romper la cerrada conciencia del yo individual y conseguir otra más allá de la que normalmente nos gobierna, según decía. A un proyecto así de comunicación –“poesía eres tú”, escribía–, de conocimiento –la poesía es mostración de lo real, afirmaba– y de acción poéticos –aspiraba a escribir una poesía que sirviera de instrumento de transformación de la conciencia– dedicó su vida entera. Las buenas formas de su poesía, esto es, las estéticas y comunicativamente eficaces formas se nutren en buena medida de las ideologías estéticas de humana raíz que comenzaron a aflorar en los años previos a la IIª República Española. Ahí quedan el vitalismo neorromántico de sus libros primeros; sus vanguardistas exploraciones poéticas, en especial las de estirpe surrealista; sus versos movidos por una, no pocas veces fallida, aspiración al logro de la simplicidad poética; los coloquiales poemas que, firmados por Juan de Leceta, arrastran vivencias y situaciones agónicas de su propia vida plenos de existencialismo; la apertura a los otros y el despliegue de lo social en algunos de sus más conocidos libros escritos al modo realista y de espaldas a todo perfectismo poético, además con recto propósito político y de transformación de conciencia. Y ahí quedan también ciertos momentos en su poesía de nihilismo, búsqueda y experimentación visual, además de la etapa última que él denominara como la de su poesía órfica, la de la máxima expansión de la conciencia.

Ante el legado literario de cerca de cinco mil páginas, que son las que ocupan los tres tomos de sus *Poesías Completas* y uno más de *Ensayos Literarios*, en cuyo equipo de edición intervine, ante tanta generosidad creadora y ante la gran lec-





ción antiautoritaria y liberadora de su obra, amén de ante su abierta lucha por la recuperación de las libertades en la peligrosa noche oscura del franquismo, cabe no sólo nuestro recuerdo en su centenario, sino, sobre todo, el homenaje de nuestra atenta lectura de tan plural obra que, por razones que tal vez tengan que ver con ciertos límites críticos, entre otros factores, ha tenido y tiene que soportar un tópicos que la reduce y por ello mismo caricaturiza. Gabriel Celaya no es sólo el poeta social y el autor de un poema a todas luces memorable –de hecho muy recordado y citado– como el titulado “La poesía es un arma cargada de futuro”. Celaya es ese poeta y mucho más. Es de hecho un poeta mutante y desdoblado –un gerundio perpetuo como en cierta ocasión afirmara Ángel González– hasta el punto de ser conocido antes por uno de sus nombres literarios, el de Gabriel Celaya, que por el de su propio nombre civil, Rafael Múgica. Es esos poetas, además del deslenguado Juan de Leceta, con el que aporta al discurso de la poesía en nuestra lengua la rica veta de un coloquialismo hecho, sin ningún género de duda, poesía. Por eso, en su caso al menos y como vengo diciendo desde hace años, no puede hablarse de prosaísmo como defecto literario sino como recurso poético, por otra parte de gran eficacia extrañadora y fuente de turbadora belleza. Es además un poeta al que no le son ajenos los recursos dramáticos en poesía como ponen de manifiesto sus numerosas cantatas. Por eso, recomiendo que nos aproximemos a su obra poética huyendo de todo reduccionismo crítico y que penetremos en los distintos modos poéticos que ensayara sin prejuicios, así como recomiendo analizar la trama y lógica de sus argumentos y reflexiones ensayísticos, tan esclarecedores y abiertos como no pocas veces contradictorios, que lo convierten en un poeta filosófico y en un





teórico de la poesía que enriquece el horizonte de nuestro pensamiento literario y nos provee de instrumentos con los que comprender el hecho poético en relación con su autoría, su discurso, su recepción lectora y funcionamiento social. El que haya leído de ustedes su *Inquisición de la poesía* y se haya demorado en las cuatro partes de ese libro —“El mito de la inspiración”, “Cuestión de palabras”, “Las buenas formas” y “Palabras mayores”— sabrá lo que quiero decir.

### **Gabriel Celaya, Granada y las letras granadinas**

Por lo que respecta a la relación de Gabriel Celaya con Granada y sus escritores, puedo afirmar que ésta existe ya en los comienzos mismos de su actividad como escritor, existe en su correspondencia y, cómo no, también en su biblioteca personal. Así, la primera Granada que conoció nuestro poeta la pudo ver en la profundidad de la mirada y de la obra de Federico García Lorca, poeta con el que coincidió y se relacionó en su etapa madrileña de universitario en la Residencia de Estudiantes y con el que pretendió colaborar, sin éxito, como actor en *La Barraca*. Celaya ha contado en varios artículos sus encuentros con el poeta de Granada, ha recordado no sin desconcierto y guardado como un tesoro las palabras que le dijera acerca de su primer libro, *Marea del silencio*, publicado en 1935, tal como dejó escrito en su artículo “Un recuerdo de Federico García Lorca”, de 1966, y que paso a citar:

Lo que yo he señalado en tu libro a Neruda y a Alberti —le dijo García Lorca a Celaya— es la preocupación por la forma. Es muy importante. Atravesamos momentos difíciles. Ese abandonarse sin orden ni medi-





da [creo que se refiere a la escuela que empieza a rodear a Neruda –puntualiza Celaya– es muy peligroso. Yo, ahora –sigue– estoy escribiendo un libro de sonetos. Es necesario volver a esto. Me agrada por eso en tu libro la preocupación que en cada poema se advierte de construcción. Lo que tú practicas no es precisamente un clasicismo a ultranza. La gente no advertirá por eso tu preocupación por la forma. No se dan cuenta de que el versículo que tú empleas no es una innovación sino la más clásica de las fórmulas.

Y también el poeta vasco ha hecho ajustadas apreciaciones sobre la obra lorquiana, además de ofrecer informaciones de primera mano sobre su persona que generaron cierta polémica. Por su parte, Federico García Lorca conservó entre su documentación una carta que el joven poeta vasco le mandó desde San Sebastián el 9 de marzo de 1936, carta que forma parte de su legado ahora depositado en la Residencia de Estudiantes. No obstante, la profunda huella que dejó el de Fuentevaqueros en nuestro poeta del norte puede verse en unos poemas que, inéditos hasta el año 2008, había escrito entre 1938 y 1949, con ocasión del conocimiento y posterior recuerdo de su asesinato. Aquellos textos los editó el Patronato Federico García Lorca de la Diputación de Granada con el título de *En un lugar cualquiera, un día que no nombro*. En la introducción que puse a aquella hermosa edición queda descrita la estrecha relación entre ambos poetas, relación que explica la presencia de Gabriel Celaya en uno de los homenajes de Fuentevaqueros en los años de la transición y que queda subrayada por los versos que siguen:

Recuerdo a Federico,  
recuerdo que en él pesan ya diez años de tierra,





recuerdo que ha quedado con un boquete seco,  
nadie sabe por qué, y eso es lo más terrible,  
en un lugar cualquiera, un día que no nombro.

Pero Gabriel Celaya, aparte de su conocimiento directo de Granada, mantuvo una sostenida amistad con no pocos de nuestro escritores y poetas, además de un interés lector por los mismos como se puede comprobar con la consulta del catálogo de su biblioteca personal y fondo de manuscritos y cartas que se conservan en el Koldo Mitxelena Kulturunea de San Sebastián. Yo lo he hecho y puedo afirmar que en dicho catálogo se encuentra una muy significativa muestra de nuestras letras granadinas. Por ejemplo, citados por orden alfabético y sin ánimo de exhaustividad, en él aparecen los nombres de Francisco Ayala con ediciones ya de los años treinta y cuarenta, Antonio Carvajal, Américo Castro, Eduardo Castro, Antonio Enrique, José Carlos Gallardo, Antonio Gallego Burín, Antonio Gallego Morell, Manuel Gallego Morell, Ángel Ganivet, Federico García Lorca, Luis García Montero, Francisco Gil Craviotto, Fray Luis de Granada, Rafael Guillén, José Heredia Maya, Antonio Jiménez Millán, Juan de Loxa, Elena Martín Vivaldi, Enrique Morón, Emilio Orozco Díaz, José Ortega, Juan Carlos Rodríguez, Luis Rosales, Juan José Ruiz Rico, Álvaro Salvador, Antonio Sánchez Trigueros, además de una antología de la colección Veleta al Sur y de mis propios documentos y libros, como resulta comprensible.

Por otra parte, hace tiempo, y algún día me ocuparé de ello con la atención que se merecen, llegaron a mis manos copias de las cartas que tanto los académicos Rafael Guillén como José G. Ladrón de Guevara se intercambiaron con el





poeta hernianarra, cartas que hablan de cercanía y hermandad poéticas, en los lejanos años de posguerra y cuya lectura revalúa el papel que estos poetas cercanos jugaron en dicho momento, cartas que dejan en suspenso lo afirmado poéticamente por Celaya en su poema “De Norte a Sur” acerca de que los poetas andaluces de posguerra eran frívolos y formalistas frente a los del norte que, por el contrario, resultaban comprometidos y realistas. Pero no acaban aquí las relaciones de Celaya con Granada ni con sus escritores, como ocurre en el caso de Américo Castro, del que se ocupa en uno de sus libros y del que subraya el interés de sus estudios sobre la realidad histórica de España y el de su concepto de *vividura*, con el que Américo Castro nombra cierta disposición vital de un pueblo; y algo parecido ocurre en el caso de Emilio Orozco Díaz al que sigue en sus estudios sobre la poesía mística a propósito de su ensayo sobre San Juan de la Cruz incluido en *Exploración de la poesía*.

Y, decía, que no acaban aquí las relaciones con Granada por cuanto la Universidad de Granada mantuvo una muy especial con el poeta, relación en la que mucho tuvo que ver en su origen Antonio Sánchez Trigueros, director de mi tesis doctoral dedicada al estudio de la teoría y crítica literaria de Celaya, al sugerirme que estudiara la obra del poeta vasco. A partir de ahí, la Universidad de Granada no ha dejado de programar actividades y promover publicaciones en relación con este poeta. Es más, se atrevió, con generosidad, a nombrar Doctor Honoris Causa a Gabriel Celaya, una distinción que le otorgó *post mortem* en 1994 en la persona de Amparo Gastón, su viuda. Aquel insólito acto, debido en no poca medida a un lector del poeta escondido en la figura del enton-





ces Secretario General de la Universidad de Granada, el profesor de Derecho Constitucional Manuel Bonachela Mesas, fue posible al haberse mantenido abierto el expediente iniciado en el curso 1989/1990 por el Departamento de Lingüística General y Teoría de la Literatura, pese a que su muerte sobreviniera en 1991. Con esta distinción se reconocía a un poeta y a un teórico de la literatura que había mantenido muy estrechos lazos con nuestra ciudad y con lo mejor de nuestras letras granadinas, además de haber compuesto uno de los más hermosos poemas dedicados a la Dama de Baza, incluido en su libro *Iberia sumergida*, escultura ibera que toma como referente y signo artístico-religioso de un tiempo pasado en el que cree reconocer su origen, un origen que no sólo afecta a los vascos, un poema en octavas que, como si se tratara de una oración, concluye así:

Ábreme, Madre, la entrada secreta,  
el pasadizo estrecho que lleva al nacimiento,  
los espejos que abren el dominio ignorado,  
los largos laberintos cambiantes de la muerte  
por donde, entre torturas, se vuelve al origen.  
Toma todo mi amor; fíjame en tus ojos locos;  
revélame el misterio de la primera Iberia,  
Dama de Baza.

### **Gabriel Celaya frente a la idea de Europa**

Y, precisamente, en relación con el superior origen europeo y sentido de su cultura se encuentran las reflexiones que el poeta vasco vierte en sus artículos que he citado y de los





que paso a ocuparme. En “Así es Europa”, el primero de la serie que apareciera dos años antes de que el ministro francés Robert Schuman hiciera su famosa declaración del 9 de mayo de 1950, origen concreto de la actual Unión Europea, donde afirmara que “la contribución que una Europa organizada y viva puede aportar a la civilización es indispensable para el mantenimiento de unas relaciones pacíficas”, Celaya intenta, con tanto rigor como propósito de creación de opinión pública –no se olvide que entre 1947 y 1952 publica cerca de una cincuentena de artículos en diarios de San Sebastián–, intenta, digo, restar ambigüedad al adjetivo compuesto ‘cristiano-occidental’ con que se designa a esta cultura, de cuya compleja unidad y vigencia no tiene dudas. El escritor vasco, aunque es consciente de la importancia del cristianismo al haber sabido recoger e impulsar la herencia del mundo grecorromano –en Grecia y su filosofía sitúa el comienzo de nuestra cultura– y aunque no duda en reconocerle su valor cultural como han hecho los más significativos pensadores, afirma que lo verdaderamente definitorio de la cultura europea es el humanismo, un humanismo con dos caras: el prometeico y el cristiano, que implican, respectivamente, la proclamación de que el hombre debe bastarse a sí mismo con sus limitaciones y conciencia de finitud y de que, por el contrario y aun proclamando su importancia y dignidad, éste confíe en un auxilio que trasciende su innegable impotencia para superar su finitud existencial. Aquí radica la vinculación de esos adjetivos, ‘cristiano’ y ‘occidental’, que encierran dos corrientes contradictorias, tan contradictorias que pueden llevarnos a incurrir, dice, en la tentación de resolver la cuestión a tiros. No obstante, acaba afirmando Celaya, “pero si, como verdaderos pensadores, nos limitamos a meter







las manos en los bolsillos y mirar atentamente lo que ante nuestros ojos ocurre, diremos: así es Europa”.

Y así parece ser Europa, en efecto, una Europa que se define antes que por su territorialidad supuestamente continental, cuyos límites orientales resultan imprecisos, y por su mera ubicación occidental, por ser el espacio donde se ha producido una cultura que, de origen mediterráneo y nombre basado en un mito, la primera forma humana de conocer, hará del hombre su centro. De ahí que nuestro escritor subraye en su artículo la conocida afirmación de Protágoras “el hombre es la medida de todas las cosas” y de ahí que, a pesar de considerarla en cierto modo devaluada por su uso, considere que la misma sigue siendo un símbolo de la cultura grecorromana, del clasicismo humanista y de la Europa de la ciencia y de la técnica vuelta de espaldas a las realidades religiosas.

Pues bien, va a ser en su artículo “La pequeñez de Europa” donde insista en su idea de hacer sobresalir cualitativamente a Europa y su cultura valorándola antes por lo que ésta significa y ha hecho que por su mera extensión territorial. Y lo va a hacer encarando, como no podría ser de otro modo, su vinculación territorial con Asia y, lo que resulta de mayor interés, la vinculación de nuestra cultura en su primitivo origen con una lejana cultura asiática. Por tanto, para Gabriel Celaya, Europa no pasa de ser una península asiática. De ahí que se haya debido crear el nombre de ‘Eurasia’ como signo de una conjunción y de una dependencia y, citando a Brehier, de ahí que remonte el origen de la oriental cultura india y la occidental griega a una raíz común. En todo





caso y tras avisar de la necesidad de que se rechace una idea simplista de lo occidental, nuestro poeta y ensayista señala que Europa

supo recoger, asimilar y encauzar los gérmenes de esa inquietud, que parece ser el patrimonio oriental, y que ha hecho de Asia la cuna de todas esas religiones de salvación que culminan en el cristianismo y el vivero de esos pensamientos últimos que la filosofía greco-europea ha desarrollado científicamente.

Europa no deja de ser, pues, argumenta, una excepcional península asiática que ha sido capaz de discriminar las vagas aspiraciones orientales, conceptuar sus intuiciones y construir un humanismo que contiene un oscuro mundo de anhelos y ambiciones. Esto explica que Europa haya sido capaz de crear algo más que un vago espiritualismo: las ciencias físico-naturales, la alta técnica, la gran industria y los viajes de exploración. Sin embargo, Europa se ve constreñida por los gigantes-cos poderes de Norteamérica y Rusia que se alzan contra la inteligencia que los creó, pareciendo no tener fe en su cultura y cerrarse sobre sí misma. Pero una vez señalado el peligro de momificación, Celaya lanza una pregunta con la que concluye su artículo: “¿No está abierta a todos los estímulos y, a la vez, fijada en el insobornable centro de su humanismo?”.

Tras esta reflexión sobre la doble pequeñez de Europa, la territorial y la política, y tras ese apunte final de claro propósito político de defensa de una cultura humanista como la que en el solar europeo se levantó frente al ciego y poderoso automatismo –así los nombra– de los robots norteamericano y ruso, no extrañará que en su siguiente artículo, titulado “Un





fantasma recorre Europa”, mantenga este argumento básico al final del mismo al tiempo que emita un juicio sobre el famoso *Manifiesto del Partido Comunista* de Marx y Engels, cuyo centenario se cumplía ese año de 1948, y formule una nada ingenua reflexión crítica sobre el determinismo economicista de las prácticas sociales de cultura con defensa incluida del hombre occidental y de su humanismo. Pero quiero advertir que el conocimiento de este artículo guarda otro interés añadido si lo pensamos en relación con la posición política y poética que Gabriel Celaya adoptará muy poco tiempo después, desde la primera mitad de los años cincuenta en adelante, posición que lo llevará a militar en el Partido Comunista de España y a desarrollar su conocida etapa como poeta social. ¿Cabe interpretar esta posición como una contradicción, como una evolución o como un salto cualitativo con respecto a las ideas que sostiene en el artículo de nuestro interés? Dejo la respuesta en suspenso hasta tanto no les dé a conocer con brevedad lógica los argumentos que sostiene.

Pues bien, tras recordar el centenario de tan famoso escrito de Marx y Engels, al que le reconoce su importancia, y tras referirse al fenómeno comunista en tanto que imagen quimérica presente en el hombre de su tiempo en lo que respecta al problema de la justicia social y sus posibles remedios, sin dejar de pasar la ocasión de poner bajo sospecha y criticar la tiranía estalinista, que no era precisamente un fantasma para Europa, trata de entender y enjuiciar ese fenómeno. Y lo hace inicialmente ocupándose del pensamiento de Carlos Marx, del que destaca su intento de superación filosófica de sus predecesores y su finalidad de transformación social, así como





su concepto de las actividades políticas, religiosas, filosóficas y artísticas como elementos superestructurales condicionados por una base económica, base que, de ser cambiada, acarrearía cambios en dichas actividades. Ante tal argumento que, según Celaya, predica que lo económico-social es lo único decisivo, el escritor vasco critica abiertamente el intento “de explicar lo superior por lo inferior, lo alto por lo bajo, los valores por los apetitos, la libertad creadora, que se estima fruto de una ilusión, por los hechos económicos”. A partir de aquí y tras reconocer las influencias que la economía y otros factores sociales, naturales y biológicos pueden tener sobre el modo de ser y pensar, Celaya se plantea si la famosa circunstancia orteguiana –“yo soy yo y mi circunstancia”, escribió Ortega y Gasset–

nos condiciona de un modo fatal o si todos y cada uno tenemos el poder de modelarla y ponerla al servicio de una instancia superior. Se trata de saber, en una palabra, si somos muñecos movidos por unas fuerzas ciegas de las que ni siquiera tenemos conciencia, o si somos personas libres –con libertad de rango metafísico– que puede imprimir a su existencia un sentido y un valor que no tiene por sí misma, pero que hay quien cree percibir proyectándose de arriba abajo, es decir, imperando sobre las pequeñas miserias y limitaciones en que nos debatimos.

Y siguiendo esta línea argumental, concluye Gabriel Celaya con un aviso acerca del peligro que se cierne sobre Europa y sobre el hombre en cuanto personalidad única como consecuencia de la pérdida de valores e ideologías que buscan unos fines últimos y un sentido trascendente de la vida, peligro que se ve incrementado además por el desarrollo de una ciencia y una técnica que se han desentendido de





sus principios humanistas. De ahí que señale que el fantasma que ahora recorre Europa sea tanto norteamericano como ruso en cuanto que predicen el culto positivista de la eficiencia e ignoran la ambición del hombre occidental.

Pues bien, en el artículo de transparente título “El peligro de la técnica”, el cuarto y último de los seleccionados, publicado muy pocas semanas después que el anterior, nuestro autor va a prestar su atención más particular a ese peligro que representa precisamente en el solar europeo una técnica tan desarrollada como desentendida de los principios del humanismo, una técnica que, según advierte, es consecuencia de la importancia que se ha dado a la orientación del progreso hacia el dominio del mundo físico y la acción eficaz frente a otros momentos históricos en que, como ocurrió con el mundo griego, se preconizó la contemplación sobre la acción. De ahí que vincule el progreso técnico y científico no a nuestra superioridad con respecto a los hombres de otras épocas, sino a la atención preferente y obsesiva que prestamos a estas cuestiones. Y aun reconociendo los beneficios que el desarrollo técnico tiene al procurarnos una mejor vida que la del hombre primitivo, Celaya critica el paso que va de satisfacer una necesidad a convertirse en un refinamiento innecesario que acaba por esclavizarnos. Aquí reside la contradicción entre el desarrollo técnico y el estado espiritual del hombre, entre la poderosa capacidad de los medios físicos y la debilidad de la formación cultural y moral. Esto le lleva a explicar la miseria ética del hombre, su falta de convicciones, su escasa capacidad de reflexión sobre sí mismo, su apresuramiento y superficialidad, su dependencia del mundo exterior, entre otras carencias y pérdida de peso metafísico. En





definitiva, se trata de un dominio sobre el mundo físico que no se ha traducido en progreso de los hombres.

Como se habrá podido apreciar, estos artículos, tan próximos en el tiempo, resultan también próximos en su lógica argumental, además de coincidentes en su propósito último de intervenir públicamente en defensa de una cierta concepción del hombre y de su actividad productiva en un agudo momento histórico de crisis tanto en España como en el resto de Europa tras los años de la guerra civil y de la segunda guerra mundial, respectivamente, un momento en el que dos potencias, deudoras de Europa, antagónicas en lo político y en el modo de producción económico, los Estados Unidos de Norteamérica –“un pueblo primitivo camuflado por los últimos inventos”, según expone Jesús J. Sebastián a propósito de la idea de Europa en Ortega y Gasset– y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas –un estado “en fermento” camuflado por un neomarxismo contradictorio y ficticio, según el citado profesor–, se reparten el control de las casillas del tablero de ajedrez del mundo y, en él, también las de su parte europea, incluida la ciudad de Berlín como signo y símbolo concreto de ese reparto. Cabe interpretar además estos textos periodísticos, de tan gran interés pese a su brevedad, como signo de un europeísmo antes cultural que político en Gabriel Celaya, en todo caso condición previa de innegable ayuda para la construcción europea, y como teselas de un mosaico que, una vez colocadas adecuadamente, vienen a ofrecernos en su conjunto la imagen que el escritor posee de Europa, su comprensión o idea de Europa y la raíz de su compleja cultura, una cultura que ha hecho, como decía, del humanismo y la razón sus piedras angulares y que,





dado el desarrollo político y económico de las dos potencias mundiales nombradas, se encuentra en peligro. De ahí que salga en abierta defensa de esa cultura humanista tanto mediante la crítica del determinismo economicista de estirpe marxista como del modelo productivo capitalista basado en un forzado desarrollo técnico. De ahí su denuncia del proceso de alienación en que viven los hombres y la reivindicación paralela de que éstos alcancen un mayor desarrollo en sí mismos y un mayor peso metafísico, lo que acontece justo con las claras evidencias de la paulatina implantación de la sociedad de masas en no pocas partes del mundo desarrollado.

Ahora bien, dicho esto cabe dar respuesta a la pregunta que dejaba planteada a propósito de su tercer artículo sobre cómo podría interpretarse la posición allí sostenida por Celaya en relación con la adoptada al muy poco tiempo de militancia política comunista y de impulsor de una poética y poesía sociales. En realidad, puedo afirmar que, en lo poético, no hay contradicción ni salto cualitativo, sino adaptación evolutiva de una posición básica sustentada en el humanismo existencialista y alimentada por el proceso rehumanizador vivido en España desde los años treinta. Precisamente por estos años, entre 1947 y 1949, nuestro poeta desdoblado en el heterónimo Juan de Leceta publica libros como *Tranquilamente hablando* y *Las cosas como son (Un decir)*, libros escritos de una forma más comprometida, irónica y desesperanzada y con los que trata de alcanzar objetivos más que estéticos o de otra lógica estéticos, por lo que procura una poesía sustancialmente humana, de hondas verdades, escrita en un lenguaje vivaz e hiriente. No son tiempo de juegos poéticos, sino de una defensa del hombre que ve en peli-





gro y que concibe como sujeto libre en su existir concreto cuyo libre despliegue constituye la progresiva configuración de su esencia. Esta será la base donde asiente el discurso de su poética y poesía sociales. No hay cambios por lo que respecta a la cuestión de sus realistas usos retórico-expresivos de estirpe prosaísta, ni por lo que concierne a su deseo de darse a la inmensa mayoría al elaborar una poesía temporal y humana atenta a su circunstancia. De nuevo, nada de lo que es humano debe quedar fuera, procurando así más la eficacia expresivo-comunicativa o las buenas formas que el cuidado de las formas por sí mismas, si bien intensifica su atención al aspecto social de los materiales y elementos constitutivos del discurso poético –incluido el propio poeta que concibe como sujeto de naturaleza colectiva– con la finalidad de transformar la conciencia del lector y hacer progresar así su sociedad. Nuestro poeta se ha aproximado al marxismo y se ha volcado más en los otros. Ahora bien, esta aproximación se hace desde una interpretación del mismo como una filosofía del hombre, esto es, como un humanismo teórico, es decir, como una teoría idealista premarxista por cuanto parte del hombre como categoría con función teórica. Si recuerdan las polémicas sobre humanismo / antihumanismo / ahumanismo que tuvieron lugar en el seno de las teorías marxistas a finales de los años sesenta, sabrán lo que quiero decir.

Y concluyo agradeciendo tanto su atención como la ocasión que se me ha brindado de hablar de un poeta insoslayable que, al calor de su centenario, sigue mereciendo nuestra atención lectora.

Muchas gracias.







Este discurso, editado por la  
Academia de Buenas Letras de Granada,  
se acabó de imprimir en Granada  
el 9 de mayo de 2011,  
aniversario del nacimiento  
del filósofo José Ortega y Gasset,  
en los Talleres de La Gráfica S.C. And.,  
estando al cuidado de la edición  
el Ilmo. Sr. D. José Rienda,  
Bibliotecario de la Academia.

Granada,  
MMXI







